

## Narrativos

---

### TEXTO I

- ¿No puedes moverte un poquito más vivo, Paco, coño? Pareces una apisonadora, si te descuidas te van a robar hasta los calzones

y Paco, el Bajo, procuraba hacer un esfuerzo, pero los cerros de los rastrojos dificultaban sus movimientos, no le permitían poner plano el pie, y, en una de éstas, ¡zas!, Paco, el Bajo, al suelo, como un sapo,

- ¡ay señorito Iván, que se me ha vuelto a tronzar el hueso, que le he sentido!  
y el señorito Iván, que por primera vez en la historia del cortijo, llevaba en la tercera batida cinco pájaros menos que el señor Conde, se llegó al él fuera de sí, echando pestes por la boca,

- ¿qué te pasa ahora, Paco, coño? ya es mucha mariconería esto, ¿no te parece?  
pero Paco insistía desde el suelo,

- la pierna, señorito, se ha vuelto a tronzar el hueso,  
y los juramentos del señorito Iván se oían en Cordovilla,

- ¿es que no puedes menearte? intenta, al menos, ponerte en pie, hombre , pero Paco, el Bajo, no lo intentaba, reclinado en el cembo se sujetaba la pierna enferma con ambas manos, ajeno a los juramentos del señorito Iván, por lo que, al fin, el señorito Iván, claudicó,

- de acuerdo Paco, ahora te arrima Crespo a casa, te acuestas y, a la tarde, cuando termine-  
mos, te llevaré donde don Manuel,

y, horas más tarde, don Manuel, el médico, se incomodó al verlo

- podría usted poner más cuidado,  
y Paco, el Bajo, intentó justificarse,

- yo...  
pero el señorito Iván tenía prisa, le interrumpió,  
- aviva Manolo, tengo solo al Ministro.

Miguel Delibes, *Los santos inocentes*

### TEXTO II

Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltan motivos para serlo. Los mismos cueros tenemos todos los mortales al nacer y sin embargo, cuando vamos creciendo, el destino se complace en variarnos como si fuésemos de cera y destinarnos por sendas diferentes al mismo fin: la muerte. Hay hombres a quienes se les ordena marchar por el camino de las flores, y hombres a quienes se les manda tirar por el camino de los cardos y de las chumberas. Aquéllos gozan de un mirar sereno y el aroma de su felicidad sonríen con la cara inocente; estos otros sufren del sol violento de la llanura y arrugan el ceño como las alimañas por defenderse. Hay muchas diferencia entre adornarse las carnes con arrebol y colonia, y hacerlo con tatuajes que después nadie ha de borrar ya...

Nací hace ya muchos años – lo menos cincuenta y cinco – en un pueblo perdido por la provincia de Badajoz; el pueblo estaba a unas dos leguas de Almendralejo, agachado sobre una carretera lisa y larga como un día sin pan, lisa y larga como los días – de una lisura y una largura como usted, para su bien no puede ni figurarse- de un condenado a muerte.

Cela, *La familia de Pascual Duarte*

## Descriptivos

---

### TEXTO III

Daba el corralón – este era el nombre más familiar de la piltra del tío Rilo- al paseo de la Acacias pero no se hallaba en la línea de este paseo, sino algo metido hacia atrás. La fachada de esta casa, baja, estrecha, enjalbegada de cal, no indicaba su profundidad y tamaño; se abrían en esta fachada unos cuantos ventanucos y agujeros asimétricamente combinados, y un arco sin puerta daba acceso a un callejón empedrado con cantos, el cual, ensanchado después, formaba un patio, circunscrito por las altas paredes negruzcas. (...)

Hallábase el patio siempre sucio; en un ángulo se levantaba un montón de trastos inservibles, cubierto de chapas de cinc; se veían las telas puercas y tablas carcomidas, escombros, ladrillos, tejas y cestos: un revoltijo de mil diablos. (...)

Para que en aquella casa hubiese siempre algo terrible y trágico, al entrar solía verse en el portal o en el pasillo una mujer borracha y delirante, que pedía limosna e insultaba a todo el mundo, a quien llamaban *La Muerte*. Debía ser muy vieja, o lo parecía al menos; su mirada era extraviada, su aspecto huraño, la cara llena de costras; uno de sus párpados inferiores, retraído por alguna enfermedad, dejaba ver el interior del globo del ojo, sangriento y turbio. Solía andar *La Muerte* cubierta de harapos, con una lata y un cesto viejo, donde recogía lo que encontraba. (...)

Era, en general, toda la gente que allí habitaba, gente descentrada, que vivía en el continuo aplastamiento producido por la eterna e irremediable miseria; muchos cambiaban de oficio, como un reptil de piel; otros no lo tenían; algunos peones de carpintero, de albañil, a consecuencia de su falta de iniciativa, de comprensión y de habilidad, no podían pasar de peones. Había también gitanos, esquiladores de mulas y de perros, y no faltaban cargadores, barberos ambulantes y saltimbanquis. Casi todos ellos, si se terciaba, robaban lo que podían; todos presentaban el mismo aspecto de miseria y consumición. Todos sentían una rabia constante, que se manifestaba en imprecaciones furiosas y en blasfemias.

Vivían como hundidos en las sombras de un sueño profundo, sin formarse idea clara de su vida, sin aspiraciones, ni planes, ni proyectos, ni nada.

Pío Baroja, *La busca*

### TEXTO IV

Fui a ver a don Catalino. Recordarán ustedes que don Catalino es todo un sabio; esto es, un tonto. Tan sabio, que no ha sabido nunca divertirse, y no más que por incapacidad de ello. Lo que no quiere decir que don Catalino no se ría; don Catalino se ríe y a mandíbula batiente, pero hay que ver de qué cosas se ríe don Catalino. ¡La risa de don Catalino es digna de un héroe de una novela de Julio Verne! Y no diría yo que don Catalino no le encuentre divertido y hasta jocoso, amén de instructivo, ¡por supuesto!, a tal Julio Verne, delicia de cuando teníamos trece años. Don Catalino es, como ven ustedes, un niño grande, pero sabio; esto es, tonto.

Don Catalino cree, naturalmente, en la superioridad de la filosofía sobre la poesía, sin habersele ocurrido la duda-don Catalino no duda sino profesionalmente, por método-de si la filosofía no será más que poesía echada a perder, y cree en la superioridad de la ciencia sobre el arte. De las artes prefiere la música, pero es porque dice que es una rama de la acústica, y que la armonía, el contrapunto y la orquestación tienen una base matemática. Inútil decir que don Catalino estima que el juego del ajedrez es el más noble de los juegos, porque desarrolla altas funciones intelectuales. También le gusta el billar, por los problemas de mecánica que en él se ofrecen.

Un amigo mío y suyo dice que don Catalino es anestésico y anestésico. Pero anestésicos son casi todos los sabios. Al cuarto de hora de estar uno hablando con ellos se queda como acorchado y en disposición de que le arranquen, sin dolor alguno, el corazón.

Miguel de Unamuno, *Don Catalino, hombre sabio*.

TEXTO V

Yo voy soñando caminos  
de la tarde. ¡Las colinas  
doradas, los verdes pinos,  
las polvorientas encinas!...  
¿Adónde el camino irá?  
Yo voy cantando, viajero  
a lo largo del sendero...  
-La tarde cayendo está-  
"En el corazón tenía  
la espina de una pasión;  
logré arrancármela un día:  
ya no siento el corazón."  
Y todo el campo un momento  
se queda, mudo y sombrío,  
meditando. Suena el viento  
en los álamos del río.  
La tarde más se oscurece;  
y el camino que serpea  
y débilmente blanquea,  
se enturbia y desaparece.  
Mi cantar vuelve a plañir:  
"Aguda espina dorada,  
quién te pudiera sentir  
en el corazón clavada"

Antonio Machado

TEXTO VI

Luchando, cuerpo a cuerpo, con la muerte,  
al borde del abismo estoy clamando  
a Dios. Y su silencio, retumbando,  
ahoga mi voz el vacío inerte.

Oh Dios. Si he de morir, quiero tenerte  
despierto. Y, noche a noche, no sé cuándo  
oirás mi voz. Oh Dios. Estoy hablando  
solo. Arañando sombras para verte.

Alzo la mano, y tú me la cercenas.  
Abro los ojos: me los sajas vivos.  
Sed tengo, y sal se vuelven tus arenas.

Esto es ser hombre: horror a manos llenas.  
Ser – y no ser – eternos, fugitivos.  
¡Ángel con grandes alas de cadenas!

Blas de Otero, *Ancià*

### TEXTO VII

DON MARCELINO, DON GONZALO, TITO GUILOYA, MANCHÓN, TORRIJA y PICAVERA.  
Salen por la derecha.

(El rumor de las voces ha ido creciendo; al final aparecen por la puerta derecha, precediendo a Don Gonzalo, Tito Giloya, Manchón, Picavea y Torrija, que bulliciosa y alegremente se forman en fila a la parte izquierda de la puerta, y al salir Don Gonzalo agitan los sombreros aclamándose con entusiasmo )

Tito: ¡Hurra por don Gonzalo!

Todos: ¡Hurra!

Gonzalo: ( Sale sombrero en mano. Viste con elegancia llamativa y extremada para sus años. Va teñido y muy peripuesto) Gracias, señores, gracias.

Tito: ¡Bravo, don Gonzalo, Bravo!

Torrija: ¡Elegantísimo! ¡Cada día más elegante!

Manchón: ¡Deslumbrador!

Gonzalo: ( riendo) ¡Hombre, por Dios, no es para tanto!

Picavea: Inmóvil, y con un letrero debajo, la primera plana del *Pictorial Review*.

Tito: ¡Si Roma tuvo un Petronio, Villanea tiene un Trévez!... ¡Digámoslo muy alto!

Gonzalo: Nada, hombre, nada. Total un trajecito de hogge faeshion, un chalequito de fantasía, una corbata bien entonada, una flor bien elegida, un poquito de caché, de chic..., y vuestro afecto. Nada, hijos míos, nada. ( Les abraza) ¿Y tú, qué tal, Marcelino, cómo estás?

Marcelino: Bien, Gonzalo, ¿y tú?

Gonzalo: Ya lo ves; confundido con los elogios de estos tarambanas... ¡yo!... ¡Un pobre viejo!... ¡Figúrate!

Picavea: ¿ Cómo viejo? Usted es como el buen vino, don Gonzalo; cuantos más años, más fuerza, más aroma, más bouquet.

Tito: Y si no, que lo digan las mujeres. Ellas acreditan su marca. Le saborean y se embriagan. ¡Niéguelo usted!

Gonzalo: ( Jovialmente) ¡Hombre, hombre!... Entono y reconformo... Voilà tout... ¡Ja, ja, ja!

Todos: (Aplauden) ¡Bravo, bravo!

Torrija: ¡Y lo que le ocurre a don Gonzalo es rarísimo: cuantos más años pasan, menos canas tiene!

Tito: Y se le acentúa más ese tinte juvenil... ese tinte de distinción, que le da toda la arrogancia de un Bayardo.

Carlos Arniches, *La señorita de Trévez*

## TEXTO VIII

ZARATUSTRRA *entra y sale en la trastienda con una vela encendida. La palmatoria pringosa tiembla en la mano del fantoche. Camina sin ruido con andar entrapado(1). La mano, calzada con mitón(2) negro, pasea la luz por los estantes de libros. Media cara en reflejo y media en sombra. Parece que la nariz se le dobla sobre la oreja. El loro ha puesto el pico bajo el ala. Un retén de polizones(3) pasa con un hombre maniatado. Sale alborotando el barrio un CHICO PELÓN montado en una caña, con una bandera)*

EL PELÓN.- ¡Vi-va-Es-pa-ña!

EL CAN. EL CAN.- ¡Guau! ¡Guau!

ZARATUSTRRA.- ¡Está buena Española!

*(Ante el mostrador, los tres visitantes, reunidos como tres pájaros en una rama, ilusionados y tristes, divierten sus penas en un coloquio de motivos literarios. Divagan ajenos al tropel de polizones, al viva del pelón, al gañido(4) del perro, y al comentario apesadumbrado del fantoche que los explota. Eran intelectuales sin dos pesetas)*

DON GAY.- Es preciso reconocerlo. No hay país comparable a Inglaterra. Allí el sentimiento religioso tiene tal decoro, tal dignidad, que indudablemente las más honorables familias son las más religiosas. Si España alcanzase un más alto concepto religioso, se salvaba.

MAX.- ¡Recémosle un Requiem! Aquí los puritanos de conducta son los demagogos de la extrema izquierda. Acaso nuevos cristianos, pero todavía sin saberlo.

DON GAY.- Señores míos, en Inglaterra me he convertido al dogma iconoclasta (5) , al cristianismo de oraciones y cánticos, limpio de imágenes milagreras. ¡Y a ver la idolatría de este pueblo!

MAX.- España, en su concepción religiosa, es una tribu del Centro de África (...)

DON GAY.- He caminado por todos los caminos del mundo, y he aprendido que los pueblos más grandes no se constituyeron sin una Iglesia Nacional. La creación política es ineficaz si falta una conciencia religiosa con su ética superior a las leyes que escriben los hombres.

MAX.- Ilustre Don Gay, de acuerdo. La miseria del pueblo español, la gran miseria moral, está en su chabacana sensibilidad ante los enigmas de la vida y de la muerte. La Vida es un magro puchero; la Muerte, una carantoña ensabanada que enseña los dientes; el Infierno, un calderón de aceite albando(6) donde los pecadores se achicharran como boquerones; el Cielo, una kermés(7) sin obsenidades, a donde con permiso del párroco, pueden asistir las Hijas de María. Este pueblo miserable transforma todos los grandes conceptos en un cuento de beatas costureras. Su religión es una chochez de viejas que disecan al gato cuando se les muere.

Valle-Inclán, *Luces de bohemia*